

Vicente CERVERA SALINAS y María Dolores ADSUAR FERNÁNDEZ (coords.). *Avatares del Hacedor. Jorge Luis Borges (1986-2016)*. Madrid: Verbum, 2017.

Desoyendo la provocativa afirmación de Ricardo Piglia según la cual Borges cierra el siglo XIX argentino, *Avatares del Hacedor. Jorge Luis Borges (1986-2016)* nace de una convicción: la vitalidad de la escritura borgesiana en este ya avanzado siglo XXI. Los trabajos que componen el libro demuestran una vez más que, como dice en su presentación Vicente Cervera Salinas, «nada de Borges le es ajeno al pensamiento contemporáneo» (10). Tras leer estas páginas suscitadas por una obra que parece actualizarse inagotablemente, otra frase clásica nos asalta e invita a su paráfrasis, aunque invertida, porque más que a sostener que «todos los caminos conducen a Borges», este volumen conduce a afirmar que, treinta años después de su muerte, todos los caminos siguen partiendo de él. En muchos aspectos Borges sigue siendo, pues, un inicio más que una clausura o -además de la clausura señalada por Piglia-, un permanente punto de partida, una chispa que enciende una y otra vez la maquinaria intelectual, una puerta que siempre se abre por primera vez. El hecho literario, su historia y su naturaleza continúan teniendo en Borges una matriz de veredas no esquilmas ni por estudiosos ni por creadores.

Si en 1999, tras el desbordamiento crítico al cumplirse el centenario del nacimiento de Borges, se auguraba un periodo de sequía, de hartazgo o saturación, estos diez asedios muestran intacta su capacidad de interpelación. Avanza el siglo XXI y sigue creciendo a lo alto, a lo hondo y a lo ancho el mapa borgesiano, remedando las celdas hexagonales que el narrador de la «La Biblioteca de Babel» veía proyectarse indefinidamente. No hay, pues, hartazgo o saturación: Borges sigue empujando a descifrar el misterio eterno y mutable de la escritura, activa inquietudes que nos competen, por irresueltas, como seres humanos y de nuestro tiempo, y se reafirma como referente central contemporáneo.

Qué lugar ocupa Borges en nuestro horizonte intelectual es, precisamente, el objeto de los trabajos

de Bernat Castany Prado y Vicente Cervera Salinas, dos de los principales estudiosos de la obra borgesiana. Bernat Castany, autor del imprescindible *Que nada se sabe. El escepticismo en la obra de Jorge Luis Borges* (Cuadernos de «América sin Nombre», 2012) acierta al utilizar a Roberto Bolaño -el tótem literario del siglo XXI hispánico- para ubicar a Borges en un presente que no se agota en lo posmoderno, y lo hace justamente ampliando los límites y matices de su rasgo dominante: el escepticismo. Castany maneja con brillantez un esclarecedor nivel de abstracción en el que Bolaño, hijo díscolo de Borges, completa las fugas que el reinado del padre dejó en el pensamiento literario contemporáneo. Sin renunciar a la desconfianza axial del maestro, Bolaño impugna su antirromanticismo al convocar un plano, el de la ética, sobre el que Borges pasó de puntillas. Con Bolaño como contrapunto de lo borgesiano, Castany identifica el epicentro de nuestro tiempo mental: el punto de encuentro entre ética y estética ante el ya irrenunciable escepticismo y la necesidad de dogmatismo (o fe u orientación), las dos «placas tectónicas» (24) que acalambren el territorio literario e intelectual de la modernidad.

Por su parte, Vicente Cervera Salinas retoma la noción de «existencialismo textual» que apuntó en *La poesía de Jorge Luis Borges* (Universidad de Murcia, 1992) y *Borges en la Ciudad de los Inmortales* (Renacimiento, 2014) para aquilatarla y proponerla como clave que ilumina el planteamiento general, estético y filosófico, de la escritura del argentino. Como rama singular del «árbol existencialista» (40), el existencialismo textual hace recaer en el «macrotexto de la literatura» (41) el único estatus de realidad desde el que replantear lo que llamamos «mundo», un concepto que en Borges supera lo fenoménico: la vida como texto es el principio de este existencialismo textual que el hombre Borges, a través del escritor Borges, convierte en «panteísmo textual» (43). Cervera ejemplifica la operatividad de esta

clave de lectura con el cuento «El milagro secreto», «El poema conjetural» y el ensayo «Del culto a los libros», cerrando lo apuntado en sus libros anteriores.

A vista de pájaro, pero también a través del microscopio es observado Borges en este volumen. Así lo hace Andrés García Cerdán, que encuentra en una de sus imágenes recurrentes, «la última gota de miel», una llave de acceso a la poética borgesiana: la poesía como una forma, no de vencer el tiempo, pero sí de ralentizarlo o detenerlo, de saborear la posibilidad o el sueño de la permanencia.

Con todo, si una veta sale reforzada en este libro es la del Borges lector, lo que no extraña a tenor de la inestabilidad de los criterios que guían hoy la(s) lectura(s), en parte por la sobreabundancia y la megainformación, asuntos no ajenos, además, a lo pesadillesco borgesiano. Como lector, Borges prologa, traduce o antologiza, pero también dialoga con los grandes (Cervantes, Shakespeare) midiéndose con ellos y conformando a través del diálogo su poética. Trinidad Barrera se adentra en la aparentemente arbitraria biblioteca personal que Borges nos legó en la inconclusa colección que inició en 1984 con la editorial Hyspamérica, y lo hace recuperando el prólogo que escribió para *El mandarín* de Eça de Queiroz, revelándonos con perspicacia hasta qué punto Borges nos proporcionó con los libros seleccionados pistas sobre sí mismo: Queiroz es, como Borges, escritor de un país secundario que escribe una novela cosmopolita y universal, pone a dialogar a Oriente y Occidente, y fabula una ironía que Borges frecuentó: la implícita en el mandarín como figura de autoridad intelectual asociada al poder, esa que hay que matar pero también conservar para que el escribiente del extrarradio desempeñe su función impugnatoria y desestabilizadora.

La traducción como otra forma de lectura es abordada por Lázló Scholz, eminente estudioso, editor y traductor de Borges, que espiga los textos en los que éste formuló teóricamente su posición y concluye que la práctica misma de la traducción literaria acabó siendo, además de motivo en las ficciones borgesianas, determinante en su reflexión sobre el hecho literario, entendido como un intento fallido de traducción, no solo porque todo está escrito sino por su presunción –casi mitológica– de alcanzar la mimesis de lo que llamamos realidad. En esa paradoja cuya complejidad describe agudamente Scholz a partir de *El Hacedor*, se condensa la deliberada ambigüedad borgesiana y su legado como formador de lectores: ninguna obra es original porque todas traducen, del modo que sea, un original (¿la

naturaleza?) o su traducción; pero toda traducción es fallida, incompleta e inexacta, engendrando el inacabable e insatisfactorio movimiento de variación y repetición que mueve la escritura.

El Borges antólogo es detenidamente analizado por Aníbal Salazar Anglada, que subraya la relevancia de esta faceta aparentemente menor del argentino. Este Borges que selecciona y elige, consciente de la idea misma de canon y refractario a ella, acaba siendo, tal vez a su pesar, autoridad, disciplinando el gusto de los lectores y fundando cánones contracanáonicos, pero cánones al fin: sus autores fetiches encarnan un sello de distinción o excelencia impersonal que talvez hoy el propio Borges intentaría desestabilizar. Salazar Anglada hace un inteligente repaso por la nada inocente labor del antólogo Borges, llamando la atención sobre libros olvidados por sus estudiosos que, sin embargo, son imprescindibles para entender a uno de los Borges: el que interactúa con disimulada pasión con la tradición argentina y la noción misma de argentinidad, el Borges con un pie en el XIX del que habló Piglia. Es el caso de la *Antología clásica de la literatura argentina* que elaboró junto a Henríquez Ureña en 1937, a la que Salazar Anglada dedica páginas fundamentales.

De especial interés son los trabajos que estudian el complejo y dinámico diálogo de Borges con Cervantes y Shakespeare, porque aquí la lectura cobra una dimensión singular: del monólogo que describe o enjuicia se pasa a un diálogo vivo, intermitente, que avanza con la obra del argentino y se funde con ella. Excepcionalmente, Borges se deja arrebatar y desestabilizar por estos dos escritores que lograron el milagro de una obra que es, en sus palabras, «todo para todos». Teodosio Fernández, también excelente borgesiano, rastrea las huellas del diálogo que Borges establece con Cervantes a lo largo de su vida, mostrando los contextos (cronológicos, culturales) en los que se produjo y cómo influyeron en la cambiante lectura que el argentino fue realizando del *Quijote* alejándose de las interpretaciones aceptadas o consensuadas del libro (alegóricas, éticas), también de las epatantes lugonianas, para dejar aflorar una relación con el personaje y su autor cada vez más personal y auténtica. Teodosio Fernández nos guía impecablemente por ese camino a través del cual Borges fue desnudándose de su propio personaje (lector anticanónico, antirromántico, incluso antiespañol) para plegarse ante la sugestión de Cervantes y su más espléndida criatura. Por *Martín Fierro*, otro permanente interlocutor, llega Borges al meollo mismo del *Quijote*, apunta Teodosio Fernández, fundiéndose

ambos personajes con Borges mismo en «El Sur» donde, convertido en su propio Alonso Quijano, homenajea la apuesta cervantina por la literatura como «sueño dirigido y deliberado» (70).

El diálogo con Shakespeare es abordado por Víctor Manuel Sanchis, que muestra cómo el clásico inglés fue también para Borges una puerta para acceder al todo. Sanchis se detiene rigurosamente en cada forma que este diálogo adoptó: prólogos, ensayos, poemas y un fallido intento de traducción de *Macbeth*. Todo eclosiona, demuestra, en «La memoria de Shakespeare», al parecer último cuento de Borges, nueva cifra de sus viejas obsesiones ahora personificadas en un escritor que, como Cervantes, funciona como interlocutor espejular, como doble que convierte el diálogo en confesión. Cervantes y Shakespeare son así, para Borges, lo que él es hoy para nosotros: la entrada al sortilegio de la escritura, a sus facetas, ambigüedades, trampas, enigmas, sugerencias, embelesamientos.

A este Borges lector se suma otro, el Borges leído, al que dedica Mercedes Serna su contribución. Casi desde las antípodas intelectuales, García Márquez también supo leer a Borges y construirse como escritor con él como contrapunto, más allá de las huellas formales que actúan casi como homenaje. Mercedes Serna revela así una deuda profunda insospechada, ayudando a descubrir en *Cien años de soledad* el rastro casi explícito de las 'fabulosas' reflexiones borgesianas sobre la realidad como texto y la escritura como magma proteico en constante reactualización mediante el acto de lectura, un acto que sintetiza el

mito de la develación del misterio y conduce a los manuscritos de Melquíades.

Comencé esta reseña indicando hasta qué punto este libro afirma la vigencia de Borges hoy, y la termino aludiendo a la proyección de futuro que propone su último trabajo. En él María Belén Hernández González empieza deteniéndose en la predilección de Borges por las obras anónimas y colectivas, que reproducen el paradigma enciclopédico y encuentran en su anonimidad la razón de su universalidad, para desentrañar desde ahí una de las estrategias borgesianas: la invisibilización o rebajamiento del autor, un ocultamiento o disolución de la autoridad a favor del lector y de la obra misma, que, argumenta Hernández González, aproxima a Borges a las actuales tecnologías digitales y las nuevas formas de transmisión literaria en red, reforzando la autonomía del texto y otorgando al lector una potestad superior. Así, la autora se suma a quienes han visto lazos de unión entre la poética borgesiana y los videojuegos en Internet, la narrativa hipertextual o el concepto de Cyborg aplicado al escritor.

Poeta o traductor, ensayista o antólogo, cuentista o prologuista, Borges sigue siendo un venero vivo. Sigue estando, aunque no esté solo, como propone Bernat Castany, en el centro del movimiento mental y literario que nos sacude hoy. Así lo muestran las lecturas que Vicente Cervera y María Dolores Adsuar han sabido convocar en este libro.

Rosa GARCÍA GUTIÉRREZ  
Universidad de Huelva